

Este primer editorial de *REDE* tiene la obvia finalidad de presentar la revista en sociedad. Se trata de un acto al que quisiéramos dar el doble sentido de referir al inexcusable compromiso de saludar a los lectores de este número fundacional y de hacer explícita, además, nuestra pretensión de establecer a la sociedad como el marco de referencia y el objeto final de nuestra reflexión. *REDES*, como revista de "estudios sociales de la ciencia", quiere hacerse eco de una tradición relativamente cercana en el tiempo, que considera a la ciencia como una actividad social circunstanciada históricamente y teñida de valores morales. Desde esta perspectiva, el pensamiento científico surge como una creación colectiva y está íntimamente ligado con todos los elementos que constituyen la cultura de una sociedad.

La reflexión moderna acerca de las relaciones entre ciencia y sociedad arranca desde la convicción de que, como lo sostuvo John Bernal en 1954, la civilización, tal como la conocemos hoy, sería imposible sin la ciencia, y que ésta se halla profundamente implicada, no sólo en aspectos materiales, sino también éticos e intelectuales. La marcha de los acontecimientos sitúa ante nosotros cada vez más insistentemente -afirmaba- problemas relativos al apropiado uso de la ciencia en la sociedad, tales como su militarización, las relaciones de la ciencia con los gobiernos, el secreto científico, la libertad de la ciencia y el lugar de la ciencia en la educación, así como en la cultura general. Aquellos temas (en rigor, todavía vigentes) constituían la agenda de entonces. Hoy, desde nuestra circunstancia histórica concreta deberíamos agregar otras cuestiones: ¿contribuye la ciencia al desarrollo, o profundiza las desigualdades entre países y sectores sociales? ¿Cómo utilizar la ciencia para resolver los problemas de la inequidad, dramatizados en la pobreza extrema, las enfermedades, la

desnutrición y otros males del desamparo de tantos seres humanos, en esta edad de la razón?

El intento de solventar estas cuestiones recurriendo a principios establecidos o a verdades autoevidentes sólo puede dar lugar a confusiones como las de sacralizar a la ciencia, eximir a los científicos de responsabilidad social o, por el contrario, requerir del conocimiento científico soluciones que pertenecen a otros ámbitos de la vida de las sociedades. Bernardo Houssay decía que "la ciencia no tiene patria, pero los científicos sí", pretendiendo de esa forma distinguir entre el valor universal de las teorías y de los conocimientos que las sustentan, frente al compromiso de los investigadores con la sociedad a la que pertenecen. Cabe preguntarse si esta distinción es suficiente, o si -para- fraseando a Houssay- podemos decir que la ciencia también tiene "patria", en el sentido de que, además de un *corpus* de conocimientos, es un sistema social organizado, y de que los condicionamientos sociales pueden tener incidencia en la propia construcción del pensamiento.

*REDES* sostiene la convicción de que, como en otros campos de la cultura, es posible y necesario desarrollar una identidad propia de los países iberoamericanos en el campo del conocimiento científico y que a través de ella es como se podrá lograr una inserción más provechosa para nuestras sociedades, en el contexto de la ciencia mundial. Así como se puede afirmar que, consciente o inconscientemente, la ciencia está necesariamente guiada por teorías y actitudes extraídas del fondo general de la cultura humana, del mismo modo el fondo de la cultura idiosincrática de cada pueblo debe tener incidencia en las particularidades de las expresiones científicas de cada país o región.

La búsqueda de una identidad no equivale al folklorismo de desconocer que el desarrollo científico y tecnológico resulta ser hoy un desafío esencial para el estado moderno. Sin lugar a dudas una característica de los tiempos actuales es que la ciencia, la tecnología y la educación convergen en un proceso en el que cada día resultan más inseparables. Para que una sociedad pueda aprovechar en amplio grado los avances del conocimiento, se requiere la capacidad de difundirlos socialmente a través de un proceso en el cual la educación y la capacitación juegan un papel fundamental. *REDES* pretende contribuir a ese proceso social de creación y difusión del conocimiento científico subrayando su naturaleza global y local, es decir, su característica de producto cultural de la humanidad y de cada sociedad. Por esto tiene vocación de constituirse en instrumento de una comunidad cultural en proceso de autoconciencia, como la iberoamericana, y proclama, desde la elección de su nombre, el carácter colectivo de la activi-

dad científica que hoy se proyecta en amplios escenarios a través de la conformación de "redes" de información y de trabajo en común.

Este es el abanico de nuestros problemas iniciales. Estamos seguros, por lo demás, de que lo iremos ampliando y modificando, adquiriendo certezas y reconociendo nuevas dudas y perplejidades a medida que en nuestras páginas se desplieguen el debate y el intercambio de ideas con múltiples interlocutores. Cuando *REDES*, en definitiva, funcione como una red.

*Mario Albornoz*